de la mentira les supo ofrecer, para poner en ejecución el ánimo dañado de su perversa intención. Compadecióse el Padre de la miseria de aquella pobre gente, y prometió que en haciéndose á la vela la flota, que ya estaba de partida, en que tenía entonces ocupación necesaria, se pondría luego en camino para consolar aquellos pobres indios y librarlos de la miseria en que estaban. Dentro de breves días volvieron á hacer instancia con fuerza de prevenidas razones, de suerte que se halló obligado el fervoroso Padre á salir luego á ayudar á aquella pobre gente, y bien ajeno de la falsa y disimulada piedad con que le llevaban, y llegando á una posada en que le hicieron parar, tramaron los desatinados hombres con una ciega temeridad, que una deshonesta y perdida mujer diese asalto á su castidad, para que perdiendo á Dios y el buen crédito de su santa vida, no pudiese reprender con tanta eficacia el vicio de que ellos estaban cautivos. Entró secretamente la mujer á la media noche en el aposento del Padre, y con blandos pasos, se acercó á su cama, pero el siervo de Dios, que estaba en oración velando para la guarda de su corazón, más que los enemigos velaban en contrastar su pureza, en sintiendo cerca de sí aquel tizón del infierno, dió tan espantosas voces, que estremecieron la casa y turbaron á la desdichada mujer, y reprendiendo ásperamente á los autores de aquella maldad, salió luego de allí y se fué á los pueblos de indios á sacar del poder de Satanás las almas necesitadas de remedio, y vengarse de él con tales despojos.

Volvió el P. Alonso Guillén á la Veracruz rico de frutos abundantes de almas, y allí le imputaron nuevas falsedades y le levantaron nuevas borrascas contra su ejemplarísima y santa vida, publicando otra mujer desatinada y deshonesta que con ella había ofendido á Dios; pero la divina Majestad, que mira por la honra de sus inocentes siervos, la puso en breves días en extremo peligroso de su muerte, con tan excesivos dolores y tan fuertes remordimientos de conciencia, que no pudiéndolos ya sufrir, convocó muchas gentes, y publicando á grandes voces su culpa y atrevimiento, se desdijo de lo que contra el purísimo Padre había dicho, aclamando por santo al que había querido manchar su maldita lengua. Caso fué éste entonces muy público en la ciudad, pero el P. Alonso Guillén nunca se defendió, ni excusó ni dejó de servir á Dios y á los prójimos, exhortando siempre á la virtud y reprendiendo los vicios.

Quien tan perseguido era de los hombres, muy amigo debía de ser de Dios, pues bastante calificación de los santos es la declarada persecución de los malos. Tan unido vivía con Dios el P. Alonso Guillén, cuanto desarraigado y ajeno de los afectos del mundo. Y estas persecuciones eran alas con que este fervoroso siervo de Dios volaba á lo más encumbrado de la perfección, buscando tan deveras á Dios y amándole con tan entrañable afecto, que se conocía de él que quisiera ser como un serafín del cielo; y de aquí nacía que era tan exacto y rigoroso juez de sus faltas por pequeñas que fuesen, que apenas sentía haber cometido alguna cuando luego se confesaba, y así eran muchas las veces que al día llegaba á este santo sacramento y por lo menos solían ser tres, la una por preparación de la Misa y las otras dos al tiempo de los dos exámenes: tan grande era la pureza de su conciencia. A ésta le movían el ejemplar de limpieza de la Santísima Virgen María Nuestra Señora, de quien fué tiernísimo amante, haciéndosele

los ojos fuentes de lágrimas siempre que hablaba con esta Soberana Señora la Virgen María. Y aunque también con otros santos tenía devoción, pero con la virgen Santa Catalina de Sena, cuya vida tradujo en castellano, aprendió mucha y singular doctrina que practicaba.

Ocupado andaba este fervoroso operario en acaudalar virtudes y ganar almas para el cielo, y lleno de muchos merecimientos dispuso Dios Nuestro Señor que fuese á gozar de la corona del cielo y gloria que le tenía preparada después de tan santa vida, en la ocasión siguiente: cumplidos diez años de Superior en la Veracruz y de los ministerios santos que aquí había ejercitado, fué llamado á México para negocios importantes de la Provincia que había de ir á diligenciar en España cerca del año de 1592, donde apenas hubo llegado cuando cayó en una enfermedad en la ciudad de Badajoz, siendo tal el ejemplo que en ella dió, que un caballero que le hospedó en su casa dijo que el sermón de obras y fervor del P. Alonso Guillén, le habían persuadido á tratar de la fundación de un Colegio de la Compañía, aunque no se efectuó por la muerte de dicho caballero. De aquí pasó el Padre á Madrid, y concluidos los negocios que á su cargo llevaba de esta Provincia, y viniendo de camino para Sevilla, murió en el Colegio de Oropeza, después de 24 años de Religión, dejando en ambos mundos insignes testimonios de su santa vida, y partiéndose á gozar de la eterna para perpetuo descanso de sus trabajos.

CAPITULO XVIII.

Vida y virtudes del apostólico varón P. Juan Rogel. Año de 1613.

Compañero del P. Alonso Guillén en la fundación del Colegio de la Veracruz, y mucho más en los religiosos ejemplos y apostólicos empleos de la salud de las almas, fué el ejemplarísimo P. Juan Rogel valeroso soldado de la milicia de Cristo y de los tres primeros de la Compañía que con el estandarte de nuestra santa fe pasaron á propagarla en el Nuevo Mundo y llegaron á las bárbaras tierras de la Florida.

Fué el P. Juan Rogel natural de Pamplona en el reino de Navarra, donde vivió virtuosa y ejemplarmente con edificación y prenuncios de que le tenía escogido el Señor para las gloriosas empresas y religiosas hazañas que le aguardaban en su Compañía, en que se dedicó á servirle el año de 1553, y tres antes del feliz tránsito de nuestro bienaventurado Padre y Patriarca San Ignacio, y á los 25 cumplidos de su edad. Y habiendo en el noviciado adornado su alma con esmaltes preciosos de las muchas religiosas virtudes que acaudaló, siendo á sus connovicios un vivo dechado de regular observancia, la que más en él resplandeció como más perfecta, fué una encendida caridad con Dios y abrasado celo de la salud de los prójimos, deseando dar la vida y verter la sangre por su remedio. Este alentado espíritu del P. Juan Rogel llegó á noticia de nuestro bienaventurado P. Francisco de Borja, que á la sazón era General, y buscaba semejantes varones fervo-

rosos y de ejemplar proceder que enviar á las Indias Occidentales, para que dilatasen, con su predicación evangélica, el reino de Cristo y redujesen al gremio de la Iglesia las almas de tantos infieles nuevamente descubiertos en ellos. Y aunque había ofrecido el santo P. Francisco, aun antes de ser General, muchas oraciones, sacrificios y penitencias para este efecto, nunca habían tenido ejecución sus deseos ni se había abierto la puerta á los de la Compañía para entrar á sembrar la semilla del Evangelio en las extendidas Indias del mar océano, hasta que el año de 1566 movió el Señor á la católica Majestad del rey Felipe II á pedir gente al P. Francisco de Borja, General de nuestra Compañía, para la conversión de los infieles del Nuevo Mundo sujeto á su corona; y en ejecución de lo que el rey mandaba, señalado el bienaventurado Padre tres celosos y espirituales varones, que fueron el P. Pedro Martínez, el P. Juan Rogel y el Hermano Francisco de Villarreal, los cuales, como exploradores de la religiosa escuadra de otros apostólicos Ministros, que después les habían de seguir en aquella empresa, partieron á los 28 de Julio de aquel mismo año para la Florida, donde llegaron á los 24 de Septiembre del dicho año. Y fué Nuestro Señor servido de recibir como primicias de la Compañía al P. Pedro Martínez, el primero de ella que en las Indias Occidentales puso los pies. Viendo tan alborotada y de guerra la gente de la Florida y que no podía el P. Juan Rogel saltar en tierra sin manifiesto riesgo de la vida, determinó el piloto de la urca en que iban, arribar á la Habana, que era el único medio para no perecer en las manos de aquellos bárbaros que se habían ya comenzado á saborear con el derramamiento de la inocente sangre del P. Martínez. En la Habana se ocupó el P. Rogel con el ejercicio de nuestros ministerios acompañado del religiosísimo Hermano Villarreal, cuya santa vida atrás dejamos escrita, y con singular edificación y no pequeño fruto conseguido, no menos con sus fervientes palabras que con el vivo ejemplo de su santa vida, hasta que viniendo el Adelantado de la Florida trataron y concertaron la ida á aquella tierra, con deseo de predicarles nuestra santa fe y ley evangélica que ignoraban. Pusiéronse luego en camino, y habiendo llegado á la Provincia de Carlos (llamada así por el gobernador que en ella presidía), se quedó el P. Rogel en un fuerte que tenían los españoles, donde se ejercitaba en predicar y confesar á los soldados y enseñar algunos indios que estaban cautivos y que eran esclavos de Carlos. Pero fué mortal el odio que los indios cobraron en breve tiempo al siervo de Dios P. Juan Rogel, fieramente indignados de que pretendiese con sus palabras la destrucción de sus ídolos, que les quitase la adoración y culto vano con que los veneraban; porque teniendo en aquel paraje un templo de ídolos, que eran unas fieras y horribles máscaras, las cuales poniéndose algunos indios para ello deputados, salían por el pueblo, donde eran vanamente adorados y con diabólicas ceremonias celebrados de aquella ciega y miserable gente, el Padre predicaba contra estos engaños del demonio declarándoles la verdadera ley de Cristo que les llevaba, y persuadiéndoles el aborrecimiento de sus detestables errores: pero ellos sin hacer caso de lo que se les decía, deseaban coger al Padre fuera del fuerte para sacrificarle, como habían prometido, en castigo de tan grave ofensa de sus ídolos. Y llegó á ser tanto su atrevimiento y tan grande el celo de sus falsos dioses, que se determinaron un día de subir al fuerte y delante del Padre dar la acostumbrada reverencia á las máscaras que adoraban y persuadirle que él también les hiciese como á dioses su acatamiento. Tan obstinada como esto estaba aquella ciega gente en sus diabólicas supersticiones. Pero saliendo algunos soldados españoles con armas los ahuyentaron, hiriendo al uno de los ídolos, de lo cual salieron más indignados y más deseosos de la venganza, aunque viendo tan bien prevenido el fuerte, no se atrevieron por entonces á acometerle.

Aquí labró una preciosa corona de merecimientos que por la predicación y doctrina evangélica padeció, hasta que sabida en España la dichosa muerte del P. Pedro Martínez, fueron señalados de nuevo para seguir la empresa el P. Juan Bautista Segura, Vice-Provincial y los siete Padres y Hermanos que habiendo llegado á la Florida dieron por Cristo la vida y consiguieron palma gloriosa de martirio. Entonces volvió el P. Rogel por orden del Padre Vice-Provincial á la Habana, y de allí pasó á esta nuestra Provincia, donde vivió hasta su decrépita edad con la observancia y ejemplo de las excelentes y santas virtudes que aquí brevemente referiremos.

Trabajó casi todo el tiempo que en ella estuvo, en nuestra casa de la Veracruz que con el P. Alonso Guillén fundó, y fueron tan resplandecientes los rayos de heroicas virtudes que allí esparció, tan ardiente el celo del bien de las almas y tan colmado el fruto que con sus encendidas palabras y fervientes razones alcanzó, que en breve le acreditaron de santo y le granjearon en todo singular estima y veneración. No perdonaba trabajo ni hallaba dificultad que le impidiese el empleo y ministerio apostólico de los prójimos, siendo esta ocupación cuanto más trabajosa, su más regalada y dulce recreación y el más sabroso y sazonado plato de su espíritu, que parece se alimentaba de incomodidades, vigilias y todo género de fatigas, pasando los días y noches enteras casi sin reposar: confesando, doctrinando y platicando, en especial á la gente humilde y ruda, preciándose de enseñar á los más viles esclavos, y buscándolos él mismo con singulares diligencias y trazas santas.

En llegando al puerto la flota que todos los años viene de España, iba á visitar las naos de una en una, y empadronando á todos los que en ellas venían, los exhortaba con tan eficaces palabras á la confesión y con tanta blandura y destreza los ganaba, que todos, sin exceptuarse alguno, acudían al sacramento santo de la penitencia á lavar las manchas de sus pecados, como á fuente de saludables aguas que comunicaban al pecador la vida.

Este celo de convertir almas que Nuestro Señor daba al P. Rogel, nacía del cuidado interior que él tenía de mirar por la suya, encaminando todas sus obras al aumento de las muchas virtudes que en ella había plantado y crecían cada día más, como bien fundadas en amor de Dios, en humildad y conocimiento de sí mismo, fundamentos sobre que se asegura el edificio de la perfección evangélica.

Era tan humilde y tan amigo de su desprecio, y tan inferior á todos en su concepto, que con muchas importunaciones había alcanzado de los superiores que cuando faltasen de casa, aunque no hubiese otro sacerdote á quien encomendar su oficio, no le dejasen á él en su lugar; y señalando en semejantes ocasiones, por la mucha repugnancia que el Padre hacía, á un Hermano coadjutor que cuidase de la

casa, acudía con rara puntualidad y exacta obediencia el P. Rogel no sólo al cumplimiento de las órdenes del Hermano, sino también á cualquiera insinuación de su gusto, pidiéndole las licencias más mínimas y sujetándosele en todo como si fuera el primer superior y Padre más grave de toda la Provincia, teniendo muy reducida á práctica la regla de mirar y reverenciar á Cristo en la persona del Superior, obedeciéndole sólo por su amor y reverencia sin atender á otros humanos respetos. Y buena prueba fué de éste respeto y reverencia, con que miraba siempre á los superiores cualesquiera que fuesen, que habiendo quedado un Hermano coadjutor con el gobierno de la casa, rogándole el Padre que se hiciese cierta diligencia para ir á platicar y confesar á los marineros, se excusaba el Hermano pareciéndole que había entonces dificultades que no se podían vencer si no se interponía mayor autoridad que la de su persona; pero no obstante eso, instando el celosísimo varón con ruegos y con eficacia de muchas razones, se turbó y enfadó un poco el Hermano prorrumpiendo en algunas palabras de impaciencia contra las réplicas é instancias del Padre. Entonces el humildísimo siervo de Cristo, como si hubiera sido suya la falta, arrojándose con gran confusión á sus pies se los besó, pidiéndole con tiernísimo afecto perdón é instando mucho que le pisase la boca en pena de su gran culpa. Esta humildad y rendimiento observó hasta lo último de su vida, sin excusarse ni huir jamás el cuerpo á la obediencia, ni dar muestras de repugnancia ó menos gusto, antes ejecutando con un semblante alegre y risueño cualquier orden del Superior, aunque fuesen cosas á la naturaleza repugnantes; siendo salsa que le hacía sabrosa cualquiera cosa, que se mandase el decir que era orden de la obediencia; y así, cuando en la edad decrépita, estando ya como un niño, ó cuando no arrostraba la comida ó no se quería levantar, le decían que así lo mandaba el Padre Rector, conseguían de él con notable presteza lo que deseaban, sin darle pena, antes causándole estas palabras singular alegría, como la daba á entender en la de su rostro.

Quien tan rendida tenía su voluntad y tan ajeno estaba de sus quereres, bien se deja entender cuán á raya tendría los apetitos y cuán domada la rebeldía de la carne. Tomaba cada día una muy rigurosa disciplina, hasta los últimos años de su vida, en que por su flaqueza y achaques fué necesario se le pusiese término á semejantes rigores. Tenía tan enfrenados los sentidos sin apetecer cosa que los pudiese divertir, que andaba buscando siempre y abrazando con sumo gusto ocasiones de mortificación.

Una vez, habiendo confesado y dado la comunión á un enfermo, el cual, no pudiendo retener la Hostia Sagrada en el estómago, á vuelta de malísimo humor la echó. El Padre, con gran valor venciendo en sí toda repugnancia, lo bebió todo, tan sin asco, como si fuera una dulcísima bebida ó un suavísimo regalado manjar. Otra vez pidieron de la Iglesia un Padre para confesar unos enfermos, y hallándose el P. Juan Rogel atormentado de unos vahidos de cabeza que casi lo derribaban de su estado y le imposibilitaban para el trabajo, se ofreció, como si no tuviera tal achaque, á este ejercicio de caridad, y siendo día de ayuno y habiendo de caminar cinco leguas que hay desde la Veracruz vieja al puerto, no fué posible hacerle desayunar ni que siquiera por modo de colación tomase algún bocado ó bebiese algún

trago de vino, diciendo al Hermano que lo acompañaba: ya sé que no quebranta el ayuno el beber, pero no es tan perfecto el ayuno bebiendo; y de esta suerte llegó al puerto, donde estuvo hasta las nueve de la noche confesando y platicando sin haber probado bocado en todo el día; teniendo por mejor este gran siervo de Dios satisfacer el hambre y sed que padecía de la conversión de las almas, que apagar la del cuerpo con el manjar corruptible.

Su pureza fué de un ángel, fruto de su grande recato y de su extremada mortificación y penitencia; no sólo no consintiendo en toda su vida que mujer alguna le besase la mano por devoción de su santidad, sino que ni aun á niñas muy pequeñitas lo permitió. Todas estas virtudes se sustentaban, y recibían su hermosura y vigor de la que es como madre de todas ellas, que las sustenta y regala, que es la oración, en que gastaba las horas que de otras ocupaciones le sobraban, desplegando en este santo ejercicio las velas de su afecto, y dejándose llevar del favorable viento del Espíritu Santo, con que volaba á unirse estrechamente con Dios.

Tomaba del sosiego de la noche largos ratos para vacar, en quieto silencio, á la contemplación, en la que le comunicaba el Señor dulcísimos y celestiales favores que él siempre procuró encubrir. En los postreros años de su vida, fatigado de trabajos, oprimido de gravísimos dolores y enflaquecido de enfermedades y achaques, y como un niño inocente y sin discurso, por particular merced del cielo alcanzaba fuerzas para pasar largos ratos delante del Santísimo Sacramento, confortando su flaqueza el Pan de fuertes y robustos; y no pudiendo ya celebrar, estaba toda una mañana de rodillas oyendo Misas, que á veces eran diez y ocho y lo ordinario seis, con tanta admiración y espanto de todos, que la gente venía á ver como un milagro que el P. Rogel estuviese fijo de rodillas una mañana entera sin cansarse ni moverse, como si fuera un mármol insensible.

Con esta tela tan rica de virtudes urdió la de su vida y prolongados años este santo varón, hasta que el de 1618, á los 90 de su edad y 65 de Compañía, le llamó Dios á descansar eternamente en su gloria, y premiar los trabajos de su apostólica vida, la cual puso dichoso término, no sin señales de que ya lo sabía, como lo mostró el efecto; porque habiendo sucedido aquel incendio general que referimos, y sacado el siervo de Dios en brazos casi de entre las llamas, en que, si no fuera por particular disposición del cielo, hubiera perecido; le llevaron á la casa de un hombre honrado, caritativo y devoto, antiguo penitente, donde le trataron con la comodidad y regalo que sus muchos años y achaques pedían y merecía la veneración y aprecio de santo en que todos le tenían. Viviendo, pues, en esta casa y hospicio y estando á los 19 de Enero del año de 1619, sin nuevo accidente ni dolor alguno que le afligiese, comiendo á la mesa se levantó de repente de la silla con un semblante de ángel, y poniendo las manos levantó los ojos al cielo, y volviéndolos después á su bienhechor que lo había hospedado, con un rostro risueño, como agradeciéndole el bien que de él había recibido, sin hablar palabra ni mostrar sentimiento ó congoja alguna, los cerró á esta mortal vida y se le abrieron los del alma para gozar de la inmortal y gloriosa; descanso que le merecieron sus trabajos, y premio que le alcanzaron sus heroicas virtudes. Quedó con un semblante hermoso y alegre que aficionaba y

ponía devoción á cuantos le miraban, y su cuerpo tan blando y flexible, que al enterrarle, tirándole de las manos y volviéndoselas al uno y otro lado, parecía que estaba vivo y que él mismo las daba, según la facilidad con que se movían, y su carne tan blanca y trasparente que daba testimonio de la hermosura eterna que ya su alma gozaba.

Luego que se supo su muerte doblaron en la Iglesia mayor de la Nueva Veracruz donde murió, y los demás conventos, y todos, seglares y religiosos, mostraron el sentimiento de tan gran pérdida, acudiendo las Cofradías con su cera para el entierro, á que acudió lo más lucido de gente de mar y tierra, besándole los pies y manos y quitándole cuanto llevaba para reliquias, sin dejarle casi vestido ni cabello. Llevóse su cuerpo á depositar á la Iglesia mayor, porque aun no teníamos después del incendio Iglesia propia, tomándose testimonio de que allí solamente se depositaba, y donde se le hicieron con mucha pompa y solemnidad las exequias. Y su memoria quedó impresa en los corazones de todos los de aquella comarca y en la eterna que Dios tiene prometida á los justos. *In memoria eterna erit justus.* Y con esto rematamos aquí la historia de nuestro Colegio de la Veracruz, que hoy persevera en sus mismos ministerios, y donde habiéndose dedicado este año de 1652, en que esta historia se escribe, un hermoso templo muy capaz, muy fuerte de cal y canto, en el cual con más desahogo de los grandes calores que hay en tierra tan caliente, se ejercitan nuestros ministerios, y es más comodidad para emplearse los nuestros en ayuda de los prójimos para mayor gloria divina.

CAPITULO XIX.

Del principio y fundación del Colegio de la Compañía de Jesús de la ciudad de Guadalajara en la Nueva España. Año de 1585.

Aunque por la misericordia divina los lugares y ciudades del Reino de la Nueva España, como en otras partes de la cristiandad, son testigos y predican el fruto y beneficio que han recibido sus repúblicas con la doctrina y ministerios que ejercitan los de la Compañía de Jesús, y más en particular en los lugares y puestos donde tienen Colegio ó morada de asiento; pero los que con especialidad han reconocido este beneficio, han sido santísimos é Ilustrísimos Prelados, que valiéndose de la ayuda de su doctrina y ministerios, han experimentado el aprovechamiento de las almas de sus feligreses, y descargándose por este medio de buena parte de las obligaciones que cargan sobre sus hombros. Uno de estos Ilustrísimos Prelados, entre otros que en la Nueva España han fundado Colegios de la Compañía, fué el Ilustrísimo de Guadalajara en las Indias, Don Fray Domingo de Alzola, religioso de la ilustre familia de predicadores, Príncipe de gran virtud y letras, que habiendo venido al Concilio Provincial que en la ciudad de México se celebró el año de 1585, movido del celo santo del bien de sus ovejas cuya necesidad había experimentado en la visita

general que de su Obispado había hecho, se determinó de llevar á él á los de la Compañía, y acabado el Concilio trató Su Señoría con el P. Antonio de Mendoza, Provincial que á la sazón era de esta Provincia, sus deseos y determinación, y que tuviese por bien de señalarle por principio de esta obra algunos Padres de canas, letras y prudencia que le ayudasen á llevar la carga y peso de su Obispado, no tanto entonces con determinación de fundar Colegio, por no tener al presente con qué poderlo hacer á su gusto, mas con nombre de Misión, hasta que la divina Majestad abriese camino al cumplimiento de sus deseos, que era de tener de asiento á la Compañía en su Obispado. Oida esta petición y mandato de Su Ilustrísima, hizo elección el Padre Provincial de la persona del Padre Maestro Pedro Díaz, Rector que había sido antes y después de su venida de Roma del Colegio de México, dándole por compañero al P. Jerónimo López, gran siervo del Señor é incansable obrero de los indios en su lengua mexicana, y á otro Hermano estudiante, los cuales, luego que llegaron á la ciudad de Guadalajara (80 leguas distante de México), donde reside Audiencia Real, Silla episcopal, Iglesia Catedral sufragánea á México, de donde hallaron ser tierra (como el señor Obispo había dicho) necesitada de cultura por el corto número de ministros y sacerdotes que entonces había, y ser el obispado tan dilatado en aquel tiempo, que desde la dicha ciudad de Guadalajara se extendía por la Nueva Vizcaya, Topia y Tepehuanes hasta el nuevo reino de León, Zacatecas y Sinaloa, por más de doscientas leguas de distrito. Crecía también la necesidad de obreros por la guerra que en aquel tiempo había con los indios Chichimecas que caen entre Norte y Levante, gente bárbara y cruel que vivía esparcida por el campo sin sujeción ni policía.

Empezaron, pues, los fervorosos obreros á poner el hombro al trabajo confesando y predicando y saliendo por toda aquella tierra en misiones, que como rica de minerales, fértil y abundante de todo género de frutos y semillas, estaba poblada de españoles é indios, y así en la ciudad como fuera de ella, con el ejercicio de sus ministerios hicieron grande fruto en las almas y cogieron una abundante cosecha en todos estados y personas. Trabajaron en esta empresa con tanta edificación y fervor, que el ilustrísimo Prelado que hasta entonces por espacio de nueve meses los había hospedado en su casa con todo el regalo posible que permitía la mucha observancia y Religión de los Padres, trató con sus Capitulares y señores de la Audiencia Real con unánime consentimiento y afición de ayudar á que fundasen Colegio de la Compañía en la misma ciudad de Guadalajara, y por ser el obispado pobre, procuró Su Señoría dar traza que se nos aplicase cierta cantidad que de obras pías estaba recogida á disposición suya y de la dicha Audiencia y Cabildo, y como todos estaban aficionados y deseosos de nuestro bien, fué fácil resolver en nuestro favor y que aplicasen, como aplicaron, hasta diez mil pesos en dinero, fuera de otras limosnas que el señor Obispo y algunos de sus Capitulares dieron para dicho efecto. En especial el Lic. Melchor Gómez de Soria, Canónigo y Provisor que á la sazón era de este obispado, y después por su virtud y letras promovido al Deanato de Michoacán y últimamente á Chantre de la Iglesia Metropolitana de México, el cual para esta obra dió tres mil pesos, y con su consejo y diligencia solicitó que otras personas ayudasen y promoviesen obra tan del servicio de Nuestro

Señor y bien de esta república, y siendo persona á quien todos veneraban por su santidad y opinión, por su parecer ayudaron á esta obra muchos caballeros seglares. Y entre ellos es razón hacer mención aquí de los que más en ella se esmeraron, como fueron D. Luis de los Ríos y su hermano D. Diego de los Ríos, haciendo donación á la Compañía de cuatro solares que ocupaban una cuadra entera en el mejor puesto de la ciudad para sitio de nuestra casa, y otro caballero, Francisco de Saldívar, de quien para principio de fundación se compró en moderado precio una hacienda legua y media de Guadalajara, con cuyos frutos se sustentó en sus principios, y algunos años después este Colegio; con lo cual el P. Pedro Díaz, animado comenzó á edificar casa é Iglesia para el ejercicio de nuestros ministerios, y después lo adelantó el Padre Doctor Pedro de Morales, Rector de este Colegio, hasta que últimamente Dios Nuestro Señor le proveyó de propio fundador y dotación plena y competente, como aquí diremos en memoria y agradecimiento debido á la persona que lo hizo. Este fué el noble ciudadano y Capitán de la ciudad de Guadiana, Gaspar de Nava, que ejercitó ese oficio contra los rebelados y apóstatas Tepehuanes que pretendieron asolar y destruir esa ciudad y toda la comarca, y ayudó á su defensa con su persona y hacienda. El cual en su testamento debajo de cuya disposición murió sin tener heredero forzoso, y habiendo dispuesto de buena parte de la mucha hacienda que Dios le había dado en obras pías, después de ellas mandó que el remanente de sus bienes lo hubiese la Compañía para que el que fuese Provincial de ella, si alcanzase la cantidad del dicho remanente para dote de fundación de algún Colegio que no tuviese fundador ni suficiente renta con que sustentarse de presente, ese tal Colegio se fundase en su nombre, y se le concediese el título y entierro en él de fundador, con los sufragios que se usan en la Compañía; y en esta conformidad, concurriendo las condiciones que el muy noble Gaspar de Nava había dispuesto, en el Colegio incoado de Guadalajara, que aún no tenía propio fundador, el Padre Provincial Luis de Bonifaz, varón de grande religión y letras, aplicó la dicha cantidad de remanente, que fué de veintiocho mil pesos, á este Colegio el año de 1644, celebrándose con mucha solemnidad y gusto de la ciudad esta fundación, y quedado perfectamente fundado para gloria de Dios este Colegio.

CAPITULO XX.

De los ministerios que á los principios entablaron los de la Compañía en Guadalajara, especialmente el insigne operario P. Jerónimo López, y dícense algunos casos con que el Señor los quiso confirmar.

Con la renta firme y segura que en la ciudad de Guadalajara tenía ya la Compañía para el sustento de los sujetos de que necesita este Colegio para sus ministerios, se prosiguió con más comodidad y nuevo

fervor en los que desde sus principios se habían comenzado, las escuelas de latinidad para la juventud florida de la ciudad y su comarca, que generalmente ha sido rica y abundante de habilidades é ingenios despiertos y capaces para las letras, como se ha experimentado en muchos y muy lucidos, que habiendo estudiado en México facultades mayores, han honrado y autorizado con su doctrina y prendas aquel Obispado y su Provincia, dedicándose no pocos á sagradas Religiones, perseverando y floreciendo en ellas con gran loa y aprobación, juntando lo calificado de sus talentos con lo edificativo de su virtud.

Procuró también con su trabajo y fervor el P. Jerónimo López (que fué de los primeros operarios de este Colegio), acudir á la enseñanza y doctrina de los indios, los cuales, aunque tienen otra lengua propia, entienden muy bien por la mayor parte la mexicana, en la cual se les predicaba, y de ésta se ayudó el dicho Padre para aprender algo de la lengua tehuec que es la más común de aquella Provincia, porque era este santo varón tan celoso del bien y provecho de los pobres indios, que ni perdonaba trabajo, sudor ni cansancio por no faltar un punto de noche ni de día al catecismo, confesiones y enseñanza suya. En estas santas ocupaciones halló muy sazonado la muerte el P. Jerónimo, para la corona de gloria que le habían tejido sus muchos merecimientos y los trabajos que toda su vida, por doctrinar esta tosca gente había padecido, habiéndose empleado en este ministerio aun antes de ser de la Compañía, y siendo Provisor de los indios mexicanos en el Arzobispado de México y beneficiado de uno de sus mejores beneficios; pero llamado del Señor para nuestra Compañía, todo lo renunció y dejó con tan constante resolución y muestras de tan singular llamamiento, que los Padres que le conocieron afirmaban que la extremada pobreza que profesó, el amor afectuosísimo y regaladísimo á nuestro Instituto y observancia religiosa, y el total olvido de los regalos y riquezas que dejó, calificaban su vocación por una de las más señaladas y raras que en estas partes se habían visto. Fué hombre muy mortificado, de trato muy humilde, de ardiente caridad con los prójimos, y en especial con los pobrecitos y gente desamparada, de oración muy retirada, todo el tiempo que el bien de las almas le daban lugar. Ocasionóse su muerte del trabajo y cansancio ordinario en que era infatigable y tan continuo como si fuera mozo muy robusto. Murió á 27 de Noviembre de 1596, con suma paz y serenidad, como quien con aquella muerte comenzaba la eterna vida, aunque de toda la ciudad fué muy sentida y llorada por perder en este siervo del Señor un espejo de virtud, y un Padre y amparo de los pobres.

Después tuvieron cuidado los Superiores de poner allí sujetos á propósito que prosiguiesen los mismos ministerios y ocupaciones que el P. Jerónimo López había comenzado. A esto, después de algunos años se añadió la enseñanza y doctrina de los negros, dando principio á una piadosa y loable costumbre de que los domingos del año á campana tañida se juntasen todos los de la ciudad que son muchos, y habiendo rezado juntos las oraciones, se les enseña y explica el catecismo con que se ha experimentado mudanza en sus costumbres, amor á la virtud y frecuencia de sacramentos. Púsose también una escuela de niños que hoy persevera, señalándose un Hermano nuestro que les enseña á leer, escribir y contar; con que no faltan estudiantes para los estudios de Gramática, y se continúa la buena crianza en virtud